

Carlostadio se vió allí tan despreciado y tan abandonado de todos, que reducido al trabajo de los mas infelices campesinos, tuvo que llevar leña á vender de calle en calle, hasta que, haciéndosele insoportable el contraste de lo que era y de lo que habia sido, partió á Basilea para volver á tomar el oficio de predicador é impostor. Allí murió, tan odiado del partido luterano, que muchos de sus escritores no se han avergonzado de referir que fué ahogado por el diablo al salir de un sermón. Dejó un hijo llamado Juan, que tuvo la felicidad de volver al gremio de la Iglesia y se glorió de su adhesión al concilio de Trento.

Habiendo Lutero aterrado de este modo á su rival, vino á ser mas absoluto y arrogante que antes. Entonces fué cuando publicó el libro que tiene por título: *Contra el estado falsamente llamado eclesiástico*; es decir, tocó al mas violento rebato contra los obispos, cuya esterminación ordena en esta obra sin remisión alguna. La bula de reformación que opuso en el mismo tiempo á la bula *In cæna Domini*, dice que todos los que emplearen sus fuerzas y sus bienes para aniquilar los obispados y abolir el ministerio episcopal, serán verdaderos hijos de Dios, y que son miembros de Satanás los que los defendieren ú obedecieren. Todo esto lo prueba á su modo con muchos lugares de la sagrada Escritura. Quería que, esterminados los obispos, los abades y los frailes, todos los fondos y bienes de los obispados, de las abadías y monasterios, quedasen á disposición de las potestades seculares en cuyo dominio se hallasen. Tal es el fondo de su libro intitulado *del Fisco común*, el cual, legitimando la codicia de los príncipes y magistrados, contribuyó principalmente á los progresos de su reforma. Para hallar mas fácilmente pruebas de estas paradojas en las divinas Escrituras, publicó por el mismo tiempo su traducción

de la Biblia, trabajada con toda la elegancia y primores de que es capaz la lengua alemana. Lutero, que la poseía perfectamente, se manifestó superior á sí mismo en una obra en que la esperanza de obtener mayores frutos de seducción estimulaba con mayor viveza el talento del seductor. La corrección, la limpieza y la hermosura de las ediciones correspondía á la de la locución. No se omitió ninguno de los cuidados que tienen tan presentes en semejantes casos los editores de libros revoltosos.

Pero hubo teólogos profundos y versados asimismo en el arte de escribir, que notaron é hicieron tocar con el dedo hasta mil alteraciones sensibles del testo sagrado en la sola versión del Nuevo Testamento. Entre otros Gerónimo Emser, consejero del príncipe Jorge de Sajonia, tan distinguido por su talento como por su clase y nacimiento, muy hábil en las ciencias divinas y humanas, y que unía un celo apostólico á unas cualidades tan brillantes, siguió paso á paso al falsario, y le redujo á tal desesperación que aquella boca cínica olvidó al parecer á los demas adversarios suyos, para llenar á este de injurias mas á su satisfacción. Emser, consagrándose con tanta mayor generosidad por la causa común de la Religión, y no temiendo escitar contra sí todo el furor de la cábala luterana, á la versión que era el ídolo de esta, opuso una traducción que presentaba con tanta precisión como fidelidad el testo de la Vulgata y que hacía saltar á los ojos todas las falsificaciones del heresiarca. Esta obra indujo á muchos príncipes eclesiásticos y legos, entre otros al archiduque Fernando, hermano del emperador, al duque de Baviera y al príncipe Jorge de Sajonia, á proscribir por edictos rigurosos la versión de Lutero, á hacerla quemar públicamente y á obligar á todos sus vasallos, bajo rigurosas penas, á que entregasen á los oficiales nombrados

á este efecto todos los ejemplares que pudiesen haber á las manos. A vista de esto, Lutero, poseído de un furor extraordinario, publicó contra aquellos príncipes un libelo lleno de insolencia insensata (1). En él los trata de tiranos impíos, y en virtud del poder supremo de que habia despojado al Papa para revestirse á sí mismo, prohíbe entregar á Jesucristo en las manos de Herodes. Estas eran las imágenes bajo las cuales se ponía en contraste con las cabezas mas augustas. A todo se atrevía, y su partido se fortificaba aun por medio de los escesos mas capaces de desacreditarle y arruinarle.

Llegó el tiempo en que se habia permitido al hombre enemigo asolar el campo del Padre de familias y aun arrebatarle las porciones mas privilegiadas. La isla de Rhodas, donde ambas espadas se hallaban reunidas en manos de la Religión, cayó por entonces en poder de los eternos enemigos del nombre cristiano. El sultán Soliman II, orgulloso con la toma de Belgrado, de que se habia hecho dueño en el año precedente, se lisonjeó de que quitaría tambien el baluarte en que hasta entonces se habian estrellado los esfuerzos de sus mas formidables predecesores. Miraba como un oprobio para el imperio de la media luna una guarida de piratas y ladrones (asi llamaba á Rhodas), los cuales incomodaban de continuo sus puertos, sus islas, y asolaban impunemente todas sus provincias marítimas. Por otra parte, estaba firmemente persuadido, en fuerza de los consejos que leyó en las Memorias de Selim, su padre, que para asegurarse bien en sus Estados debía subyugar á Rhodas despues de Belgrado. Creyó haber llegado el momento de la empresa y ser fácil su ejecución mientras que ningun temor podían causarle los príncipes cristianos mas poderosos, respecto á que el emperador y el rey

de Francia, implicados mutuamente en una guerra ardiente cuyo peso apenas les era soportable, debían interesarse muy poco en los sucesos de los confines del Levante (a).

En efecto, instruido el gran maestre de los proyectos del sultán, hizo salir caballeros que fuesen á reclamar la asistencia de todas las córtes de Europa; pero fué en vano. Antes que aquellos evacuasen su comisión, el gran maestre se vió acometido en su isla por una flota de cuatrocientas velas, galeras ú otras naves, y por ciento cuarenta mil hombres de desembarco. El valor hubiera todavia bastado para hacer frente á esta muchedumbre, si la perfidia no hubiese hallado entrada en el seno mismo de la Religión. Villiers de l'Île-Adam, electo gran maestre de Rhodas el año anterior, habia tenido por competidor á Adriano de Amaral, que era canceller de la misma orden. La ambición es capaz de todo; así fué que las horribles sombras de la traición no causaron espanto á Amaral. Primero procuró persuadir al sultán á que viniese á sitiar á Rhodas, y por medio de un turco prisionero de guerra le instruía exactamente acerca del estado en que se hallaba la isla, de los puntos mas débiles de la plaza, y del corto número de combatientes que en ella habia. Amaral era auxiliado por un médico judío que servía continuamente de espía al gran señor y que le da-

(a) La desavenencia entre Carlos V y Francisco I, empezó con motivo del reino de Navarra que el monarca francés, que la echaba de rey-caballero, pretendía se restituyese á Enrique de Albret, hijo y sucesor del difunto rey Juan de Albret. Rotos una vez los lazos de la paz, se fueron añadiendo de dia en dia nuevas causas que llegaron en cierto modo á hacer permanente la guerra entre las dos potencias. Esto no obstante, el emperador y rey Carlos no se mostraron enteramente olvidados de los intereses del pueblo cristiano de Levante, pues entre otras de sus glorias se cuenta una carta que le escribió el gran señor accediendo á cuanto le habia pedido en el principio de su reinado con respecto á los templos y lugares Santos de Jerusalem y al paso libre de los peregrinos. Si pues no intervino en la guerra de Rhodas, fué sin duda por las infinitas atenciones en que le implicaron sus inmensos Estados. (N. del E.)

(1) Luth. lib. de saec. potest.

ba noticias casi diarias por conducto de otro judío de Scio, encargado de hacerlas llegar á Constantinopla. Sin embargo, los caballeros se defendieron con su valor acostumbrado por espacio de unos seis meses que duró el sitio, y con unas ventajas que volvieron alguna vez el furor del sultan contra Mustafá su cuñado, cuyos consejos habia principalmente seguido en esta empresa, y faltó poco un dia para matarle con sus propias manos. Aun despues de haber vuelto en sí de la cólera, prohibió á Mustafá que compareciese jamás en su presencia, y le envió á los confines del imperio á gobernar el Egipto, despues de haber puesto en su lugar á Achmet-bajá en el mando del sitio.

Esta desgracia fué la consecuencia de un asalto general, dado despues de la llegada del sultan, el cual para alentar el valor abatido del ejército habia venido en persona al sitio con un refuerzo de quince mil hombres de las mejores tropas de todo el imperio. Aunque una artillería formidable no habia cesado dia y noche, por espacio de un mes, de batir la plaza, atacados despues los rhódios por cuatro puntos diferentes, hicieron en todas partes prodigios de valor, cuyo menor daño para los turcos fué la mortandad de mayor número de aquellos infieles que el que Soliman habia traído consigo. Sus mejores capitanes perdieron allí la vida, y todo su ejército quedó al parecer desalentado de una manera mas irremediables que antes de la llegada del sultan. En la plaza, por el contrario, todos eran soldados, y los soldados otros tantos héroes. Los clérigos, los religiosos, los ancianos, los niños y las madres, volaban á tomar parte en el peligro del combate, menor en efecto que el de la inacción ó de la invasión que habria sido su resultado. La fé, el entusiasmo, el ardor de la desesperación, hasta las mismas flaquezas del amor con-

vertidas en furor, los elevaron sobre la naturaleza haciéndolos al parecer superiores á los hombres. Una griega apasionada por un capitán de la misma nacion, luego que supo que este habia sido muerto, abrazó á sus hijos con ternura, hizo en ellos la señal de la cruz, tomó un puñal y les dijo: «queridos y desgraciados hijos, mas vale morir que llegar á ser juguete de impuros infieles.» Los degüella al instante, se viste inmediatamente los vestidos todavia ensangrentados de su padre, y sin otra arma que un baston herrado, se precipita de golpe sobre los bárbaros, y no cesó de matar hasta que cayó muerta acribillada de heridas y desangrada. Hé ahí lo que puede una muger abandonada á una pasión culpable: ¿qué no harian pues tantos hombres heroicos cuyas hazañas, tan prodigiosas como innumerables, no podrian hallar lugar en los límites que nos hemos prescrito?

Sin embargo, los mismos felices sucesos de los rhódios les eran funestos. Sus victorias multiplicadas disminuian su pequeño número de dia en dia, y los aniquilaban insensiblemente. Despues del asalto general de que acabamos de hablar, y que fué precedido de otros muchos, Rhodas se halló casi sin defensores y sin gefes. El gran maestro de artillería, el general de las galeras, el gran porta-estandarte habian muerto, sin contar una infinidad de caballeros. Entre los que sobrevivian habia pocos cuyas heridas no les imposibilitasen continuar sus servicios, y la mayor parte de los soldados no estaban para el combate. Solo el secreto podia salvar la plaza, y durante algun tiempo fué en efecto muy bien guardado, tanto que Soliman, desesperado de tomarla, se resolvía á levantar el sitio. Ya se disponía á retirarse, cuando un miserable desertor, de nacion albanés, llegó al campo de los turcos, y advirtió al Gran Señor el estado de desesperación en que se hallaba la ciu-

dad. Esta noticia, como apoyada en el testimonio interesado de un aventurero, no hubiera tal vez alterado cosa alguna en la disposición del sultan, si no hubiese recibido al mismo tiempo una carta del canciller Amaral, que confirmaba puntualmente la relación del albanés. Esparcida la noticia en el campo, reanimóse el valor de los turcos, á quienes Soliman, para sostenerlos y electrizarlos mas, prometió el saqueo de la ciudad si la tomaban por asalto. Desde luego se resolvió á apoderarse de ella ó á perecer bajo sus murallas.

Entonces tambien fué descubierta la traición del canciller, con bastante tiempo para hacerle sufrir el suplicio y la infamia que merecia, pero muy tarde para salvar una plaza cuyo ataque y reducción habian de ser precisamente una misma cosa. Amaral fué convencido de haber echado en el campo de los turcos muchas cartas atadas á dardos de ballesta; y sorprendido *in fraganti* el criado de confianza de que se habia valido para esta maniobra, confesó el delito, que fué además confirmado por un capellan griego que habia visto uno de estos dardos lanzado con un papel atado al medio de la ballesta. En virtud de estas deposiciones y gran número de indicios casi tan concluyentes, el criado fué condenado á la horca, y el caballero, á pesar de su obstinación en negarlo todo, fué degollado en público, sin querer pedir perdón á Dios ni dar señal alguna de religión. Su cuerpo fué inmediatamente descuartizado y espuesto sobre cuatro baluartes á la vista de los turcos.

Sin embargo, el nuevo general del ejército otomano, Achmet-bajá, ingeniero hábil, usó de precauciones olvidadas por Mustafá, su predecesor; puso diestramente en práctica la zapa y la mina, hizo construir delante de la trinchera una fortificación comparable á las de la ciudad, y tomó todas las medidas propias para evitar la efusión de

sangre de sus tropas. Un asalto dado despues de esto fué todavia inútil á los infieles, los cuales hallaron nuevos atrincheramientos guarnecidos de artillería. Esperimentaron en él nuevas pérdidas, y los rhódios señalaron con nuevos prodigios su valor; pero el noble bresciano Gabriel Martiningo, que habia acudido generosamente de Candia en socorro de Rhodas, y que hacia su mejor defensa con su habilidad incomparable en el oficio de ingeniero, recibió una herida que le tuvo treinta y cuatro dias imposibilitado para obrar. Durante todo este tiempo, el gran maestro permaneció en un atrincheramiento sin descansar de dia ni de noche. A su ejemplo los caballeros sacrificaban sus fuerzas, ó su vida lánguida, con un heroísmo mas generoso que el de los combates, los cuales algunas veces les parecian unos cortos descansos. Esperaban algun socorro de los caballeros franceses que habian armado dos buques en Marsella; pero el uno naufragó en una tempestad, apenas habia dejado la costa de Francia, y el otro, despues de haber resistido mas tiempo, fué á estrellarse contra las costas de Cerdeña. Achmet, procediendo siempre con su circunspección y su inteligencia acostumbrada, habia arruinado la mayor parte de los baluartes, penetró por la mina hasta debajo de los nuevos atrincheramientos de los sitiados, y condujo su trinchera mas de doscientos pasos dentro de la ciudad con setenta de anchura.

Soliman, no obstante, recelando siempre del éxito, hizo proponer repetidas veces condiciones, que fueron siempre desechadas por el gran maestro con tanta grandeza de alma, que habiéndose en fin negado á escuchar semejantes proposiciones, hizo recibir á mosquetazos los agentes que se obstinaban todavia en enviarle. No tuvo la misma perseverancia el valor de los ciudadanos; pues, al fin, comparando estos las ofertas del

sultán con los horrores de su ciudad tomada por asalto, no viendo mas que sus hogares y sus templos inundados de sangre, sus hijas y esposas abandonadas á la brutalidad de los infieles, gritaron unánimemente, que si el gran maestre no capitulaba, harían su tratado á parte. Forzado á juntar consejo, como opusiese todavía á la pluralidad de votos la justa desconfianza que decia tener en la fé de los turcos, le entregaron una carta de Soliman, que ofrecia por última vez condiciones honrosas, y en caso de no aceptarlas amenazaba con los mas horribles extremos. Las condiciones fueron admitidas y ejecutadas de buena fé. Reducianse en sustancia á que las iglesias no serian profanadas ni robadas: que los cristianos, fuesen latinos ó griegos, conservarían el libre ejercicio de su Religion: que no se les impondría el tributo de sus hijos para la recluta de los genizaros: que los habitantes serian exentos de impuestos y de toda carga durante cinco años: que por espacio de tres tendrían la libertad de retirarse y de llevar consigo todos sus bienes: que el gran señor suministraría á los caballeros y oficiales de la órden los buques suficientes para trasportarlos con buena escolta á la isla de Candia; que tendrían doce dias despues de firmado el tratado para embarcar las reliquias de los Santos, los vasos y los ornamentos sagrados, sus propios efectos, muebles, títulos y todos los cañones que acostumbraban emplear en el armamento de sus galeras. Se veló tan fielmente en la ejecucion de estos artículos, que habiéndose tumultuado algunos genizaros y comenzado á saquear, el general Achmet hizo decir al agá que su cabeza respondería por su tropa; y el desorden cesó inmediatamente (1).

Este general manifestó tambien á l'Ile-Adam que el gran señor se complacería

(1) Jac. de Bourb. *Hist. de Rhod.* p. 681.

en verle. El gran maestre se dirigió el dia siguiente á la tienda de Soliman, donde despues de haberle revestido de una ropa suntuosa, como igualmente á los caballeros que le acompañaban, le introdujeron á la audiencia. Soliman le colmó de honores y le dijo para consolarle que la pérdida ó la conquista de los imperios no eran mas que juegos de la fortuna, é intentó con magníficas promesas apartarle de las potencias cristianas que le habían abandonado tan vilmente, y aficionarle á un príncipe mas justo apreciador del valor y de la grandeza de alma. l'Ile-Adam, despues de haberle dado gracias, dijo que si la fortuna era árbitra de la victoria, lejos de acusarla de caprichosa, debía serle muy grato el que la hubiese concedido á un príncipe que él tenia á mayor honra que vergüenza el que fuese su vencedor; y en cuanto á su servicio, protestó que no podia comprometerse á él sin ser traidor á la Religion cristiana, lo que sería una vileza que le acarrearía su propio desprecio. Confesion noble y tan digna de la estimacion del mismo sultán, que le dió inmediatamente su mano á besar. Dos dias despues, haciendo Soliman su entrada en la plaza conquistada, volvió la visita al gran maestre, que aun estaba alojado en su palacio, le honró hasta llamarle su padre, le exhortó tiernamente á no ceder á la tristeza y á usar de su gran valor para despreciar los caprichos de la fortuna (1). Añaden que entró en el palacio sin guardias, y con un solo camarero, diciendo que tenia la mejor de todas las escoltas en la fé y magnanimidad de aquel ilustre desgraciado. Cuando volvió á verse con Achmet, añadió: «me causa dolor tener que hacer salir de su casa á este venerable anciano.» Asi perdieron la isla de Rodas los caballeros de San Juan de Jerusalem en los últimos dias del año 1522. El

(1) Jac. de Bourb. *Hist. de Rhod.* p. 682.

principio del año siguiente no fué menos funesto á la Iglesia; la cual vió entonces establecerse de una manera legal ó civil una secta, á la verdad, mas reservada, pero en

el fondo mas impía, mucho mas artificiosa, y tan audaz y casi tan fecunda como el luteranismo, del cual tenia su origen.

LIBRO QUINCUGÉSIMO-NONO.

Desde el establecimiento de la heregia de Zuinglio en el año 1523, hasta el cisma de Inglaterra en el de 1531.

El establecimiento de la secta de los sacramentarios, la produccion todavía mas monstruosa de la de los anabaptistas, el luteranismo colocado sobre los tronos de Suecia y de Dinamarca, de donde desterró la fé católica, las heregias del norte presentándose á cara descubierta en medio de la Francia, tales son los escándalos que, en el discurso de un año solamente, fueron el espanto del mundo cristiano. En 29 de enero de este año de 1523, Zuinglio, mas moderado que Lutero, habiendo adquirido por sus insinuaciones artificiosas todo el crédito necesario á sus intentos, hizo juntar el senado de Zurich, para deliberar sobre las disputas de religion que agitaban todas las naciones germánicas, y para juzgar soberanamente en favor de la doctrina que se hallase mas conforme á la palabra de Dios. A esta novedad, no pudiendo casi persuadirse el obispo de Constanza de lo que le decían de aquella ciudad de su diócesis, envió á ella á Juan Fabro, su vicario general, para impedir que pasase mas adelante, y representase que era una cosa inaudita que

una asamblea de legos se arrogase la autoridad de los concilios para decidir en materias de fé; pero la seduccion habia prevalecido ya en la mayor parte, y así respondieron que teniendo mas interés que otro alguno en su salud eterna, tenían igualmente mas derecho á la investigacion de la verdad. Por lo cual se prosiguió á la deliberacion, y fué establecido en presencia del mismo vicario general que la doctrina de Zuinglio sería recibida en todo el canton de Zurich, prohibiéndose á todo predicador y pastor enseñar otra alguna, ni acusar de heregia á Zuinglio y sus secuaces (1).

Esta doctrina estaba comprendida en sesenta y siete proposiciones, cuya sustancia es la siguiente: «El Evangelio es la única regla de nuestra fé, y todas las tradiciones deben ser desechadas. Jesucristo es la única Cabeza de la Iglesia, y esta no es otra cosa que la comunión de los Santos ó la congregacion de los escogidos. La potestad del Papa y de los obispos no está

(1) Sleid. *Comment.* l. 3, sub fin.